

CARTA DEL DIRECTOR

Queridos amigos: El tema de la oración, del que se ocupa el presente número de FRONTERA, fue escogido por el Consejo de Redacción en la reunión que tuvo lugar a finales de enero del año en curso. No nos costó ponernos de acuerdo sobre esta elección, porque coincidimos sin dificultad en señalar algunas de las manifestaciones de crisis que se observan en este aspecto tan significativo de la vida religiosa de los creyentes. Crisis, no en el sentido de circunstancia crítica, de infortunio inminente, sino de situación necesitada de discernimiento y abierta a posibilidades diversas, entre ellas la de superación. Se señalaron tres de aquellas manifestaciones de crisis, que trataré de recoger fielmente y de comentar a mi manera, con el objeto de presentar un estado de la cuestión, sin pretensiones de exhaustividad.

Desde luego, un factor ambiental de crisis de la oración en nuestra sociedad es la erosión del sentido religioso bajo los efectos del proceso de secularización. Conviene, de entrada, indicar que la fe religiosa, acosada desde múltiples frentes culturales y políticos, está íntimamente entrelazada con la oración: la forma de orar refleja el tipo de fe que se profesa y la fe que se profesa se manifiesta en la forma de orar.

Por otra parte, puede ser útil recordar que, sobre la inculturación de la fe y sobre los valores característicos de nuestro entorno cultural, o carencia de ellos, FRONTERA ha publicado escritos de Luis Briones (núms. 4, 16 y 29), Demetrio Velasco (núm. 5), Juan Martín Velasco (núms. 10 y 29), José María Mardones (núms. 10 y 29), Carlos Domínguez (núm. 23), Julio

Lois (núm. 24), F. Javier Vitoria (núm. 24), Ramón M. Nogués (núm. 24) y Jesús García Herrero (núm. 29).

Sobre la citada erosión del sentido religioso, que pone la oración en situación de crisis, me limitaré a ofrecer una secuencia de observaciones escalonadas, en una visión totalmente ajena a cualquier tentativa de abarcar el problema en la totalidad de sus aspectos.

- * Las imágenes religiosas van desapareciendo de los domicilios.*
- * Su presencia pública en las procesiones y en los monumentos erigidos en las calles, en las plazas o en lo alto de algunas prominencias geográficas va pasando a ser considerada como ingrediente del folclore, como reflejo de la cultura de un período determinado de nuestra historia o simplemente como un anacronismo.*
- * El conjunto de referencias imaginativas al origen del ser humano en el universo, a su último destino (“los novísimos”, como decía el catecismo) y al ámbito de lo religioso en general (el “imaginario colectivo”, como algunos dicen) va dejando de formar parte del bagaje cultural útil y operativo de una gran parte de nuestros conciudadanos.*
- * Las interpretaciones religiosas de la experiencia humana van perdiendo capacidad de impacto sobre nuestro contorno social. De esta última observación tenemos repetidos y recientes ejemplos, sobre todo en los casos en que la jerarquía eclesiástica marca líneas de comportamiento privado o público partiendo de la base, objetivamente falsa, de que la totalidad de la ciudadanía está o ha de estar de acuerdo con ellas, o de que las convicciones morales de la Iglesia han de encontrar indiscutiblemente el respaldo de las leyes que regulan la convivencia civil.*

Pese al desgaste a que se ve sometida entre nosotros la religiosidad, y como contrapunto a este deterioro, en el Consejo de Redacción se subrayó que, de todas maneras, no nos instalamos cómodamente en nuestra situación de personas con límites en

nuestra capacidad de actuar y nuestro mismo ser, esencialmente frágil tanto física como moralmente. La experiencia de la finitud, se dijo en concreto, nos acecha continuamente. Y se insistió: la muerte, que se había orillado de la percepción ordinaria, se destapa y toma venganza apareciendo provocadoramente a diario en la tele. Con esto queda puesto de relieve que el reconocimiento libre y responsable de nuestra condición limitada sigue siendo un paso necesario, aunque no suficiente, hacia la fe religiosa y la plegaria.

Se señalaron, además, otras dos manifestaciones de la crisis de la oración, que son en realidad dos acentuaciones del mismo problema. De un lado, ha dejado de funcionar la iniciación tradicional a la oración, que recurría a fórmulas hoy difícilmente operativas, unas de contenido y expresión literaria discutibles (angelitos, pareados rípidos, “con Dios me acuesto...”) y otras poco aceptables hoy como primeras experiencias (rosario, visita al Santísimo...). Y del otro, escasean los maestros para iniciarse y para progresar en la oración desde nuestra condición de ciudadanos del mundo en que vivimos.

A este propósito, me causó impacto y me hizo reflexionar lo que, en una preparación de la Eucaristía dominical de la comunidad parroquial donde comparto la fe y presto mis servicios, nos contó una mujer que desempeña en nuestra comunidad la función de catequista y que, con su marido, forma parte del grupo parroquial de matrimonios. Un hijo suyo, que sobrepasa algo la treintena, está encarcelado desde hace unos meses por un delito de robo cometido en el marco de una larga fase de su vida reciente, dominada por la droga. En la cárcel ha superado por el momento la adicción, no sin las dificultades y sufrimientos imaginables, e incluso ha recuperado una relación afectuosa con sus padres, con quienes la convivencia había resultado conflictiva durante largos años. Aunque los padres son personas religiosas, el muchacho no ha aparecido por la parroquia desde su adolescencia, sin que por esto hayamos dejado de saludarnos con simpatía cuando hemos coincidido por la calle. En una de las visitas semanales de sus padres, les contó que un compañe-

ro le había comentado su pena porque su madre no había acudido ni una sola vez a visitarle, y que él le había propuesto rezar para la consecución de su anhelo. El hecho es que rezaron a su manera y la madre esperada compareció. Todo hace pensar que la iniciación del muchacho de mi barrio a la oración ha sido ciertamente muy sumaria. Habrá aprendido de pequeño alguna fórmula de plegaria cristiana, como el padrenuestro. Sabe o habrá visto que sus padres rezan y van a rezar en grupo. Tal vez ha practicado alguna vez por su cuenta lo que él aconsejó a su compañero de cárcel, con resultados desconocidos.

No hace falta haberse dejado convencer por la razonada crítica que Torres Queiruga hace de la oración de petición, para caer en la cuenta de la endeblez de la experiencia religiosa que he narrado. La misma madre del muchacho de mi barrio no se hacía ilusiones respecto de la alegría que los dos muchachos habían experimentado por haber obtenido de Dios lo que le habían pedido. “En todo caso, ellos lo viven así”, comentó al final de su relato. Quiero subrayar que, al desmarcarse así de los dos muchachos orantes, la madre no descalificaba su experiencia, sino que dejaba sin expresar verbalmente una convicción que más de una vez hemos formulado con todas las letras los que, preparando la Eucaristía del domingo y celebrándola, recurrimos a la oración de petición. La convicción es que, cuando nos dirigimos a Dios pidiendo, lo que tiene más consistencia religiosa no es la esperanza de alcanzar lo que solicitamos, sino la entrada en juego de otros tres elementos que, de una u otra manera, forman parte de toda experiencia religiosa sólida: Nos reconocemos en situación de indigencia vivida. Nos satisface (en el caso de que la oración de petición sea comunitaria) poder compartir nuestros sentimientos de indigencia con las personas con quienes rezamos. Nos sabemos comprendidos por Dios al manifestar libre y confiadamente ante él nuestra indigencia personal o compartida.

Esta anécdota me ha venido a la mente al considerar las dos últimas manifestaciones de crisis de la oración: la deficiencia de caminos adecuados de iniciación y la escasez o la carencia

de maestros en la materia. Pensando en la madre del muchacho de mi barrio, el hecho de poder compartir con la comunidad cristiana su experiencia humana y su fe la ha ayudado a madurar como persona y como creyente. En un cierto sentido, la comunidad cristiana ha actuado, por una parte, como iniciadora de una comprensión más purificada de la oración en sí misma y, en concreto, de la oración de petición, y por otra parte como maestra, desplegando una pedagogía sinfónica, porque han intervenido voces diversas. La purificación ha consistido en ir abandonando, en la relación orante con Dios, el juego del “yo te pido y tú me das”, e irlo substituyendo por el “hágase tu voluntad”, a sabiendas de que lo que pedimos y aceptamos no es una voluntad imperativa, arbitraria y despótica, ejercida sobre vasallos pisoteados y sumisos hasta el vaciamiento de sí mismos, sino un amor incondicional a unas personas que no dejamos de tener la capacidad autodestructiva de rechazarlo. Pensando en los muchachos que creyeron haber alcanzado de Dios lo que pedían, no es difícil pronosticar decepciones, e incluso el fracaso, si no encuentran algún recurso de naturaleza semejante al que la comunidad cristiana, sin proponérselo directamente, ha podido ir poniendo a disposición de la madre catequista.

* * *

En el contexto de la crisis de la oración, aquí descrito a través de tanteos breves y aproximativos, JOSÉ MARÍA ROVIRA BELLOSO propone una aproximación a través de los evangelios a lo que era en realidad la oración de Jesús y, a la vez, una triple reflexión sobre el sentido de la oración de petición, la oración como comunicación entre la intimidad de Dios y la intimidad de la persona humana y, en tercer lugar, sobre la capacidad de la oración para dar al mundo testimonio del amor de Dios.

En un segundo artículo MANUEL REGAL LEDO da testimonio personal de esa comunicación entre Dios y el ser humano. El recorrido que el autor hace por su propio itinerario biográfico no se presenta como mera anécdota, sino que se acompaña de una profundización en las actitudes –fruto de la vida creyente–

y exigencias de la presencia de Dios en los diversos tiempos y lugares de la vida. La descripción de los métodos de que se vale el autor para avanzar y crecer en la fe, será de gran utilidad para los lectores en el intento de ahondar en la experiencia de Dios.

Y CASIANO FLORISTÁN SAMANES, partiendo de la definición de la oración y del aprecio creciente por ella, aborda la evolución sufrida en las formas de orar; insistiendo en la importancia de la oración litúrgica comunitaria, para finalizar aportando –y valorando– tres ejemplos de renovación de la oración comunitaria: la asamblea de oración carismática, los grupos de oración con dimensión litúrgica y la oración comunitaria liberadora.

En las restantes secciones de la revista, aparece también el tema de la oración: MONTSERRAT SALVAT DAMUNT, benedictina, pone de relieve el papel de los monasterios en la recuperación de la oración. Una antología de poesía religiosa, introducida por CASIANO FLORISTÁN (quien, en otro lugar, “confiesa” su búsqueda de una teología práctica) y la reivindicación de la danza como actitud de escucha y receptividad de Dios, planteada por M. VICTORIA HERNÁNDEZ ALCAIDE, se presentan como materiales de apoyo para la plegaria comunitaria.

Completa el número una oportuna reflexión de J. IGNACIO GONZÁLEZ FAUS sobre la ya próxima Navidad. Por su parte, a la vez que el colectivo CRISTIANISME AL SEGLE XXI aborda el papel de la Iglesia en un Estado laico, BARTOMEU BENNÀSSAR analiza cómo deberían ser los documentos eclesiales, frente al talante hosco y dogmático con que se relaciona la jerarquía eclesiástica con una sociedad en franca evolución hacia la laicidad. Son modos de hacer más preocupados por el cumplimiento de normas que por favorecer la autonomía y la adultez de los creyentes, como lamenta POPE GODOY en su carta al obispo de Málaga.

Los testimonios de MAGDALENA ÁLVAREZ, de un GRUPO CRISTIANO DE HOMOSEXUALES y las acostumbres “Reseñas” de libros, música y cine redondean el número.

Casimir Martí